Ensayo

Postcartesianismo:

el algoritmo antes del pensar y del ser

Gonzalo Toro P.

Introducción

"El algoritmo antes del pensar y del ser."

La frase suena provocativa. Lo es. Y es también, me temo, cada día más cierta.

El pensamiento cartesiano, tal como René Descartes lo formuló en su *Discurso del método*, nos legó un modo de operar racional que resultó extraordinariamente fecundo. El ser humano, como sujeto racional, podía fundar su existencia en un acto de pensamiento consciente: *cogito, ergo sum*. La razón se erigía como instrumento primario de acceso a la realidad, y la subjetividad como herramienta legítima para construir conocimiento, sentido e identidad.

Durante siglos, esta visión proporcionó un marco extraordinariamente fértil. A través de ella, la ciencia moderna pudo desplegarse y desarrollarse. El sujeto ilustrado se constituyó como agente autónomo, enfrentado a un mundo que podía ser, al fin, medido, explicado y comprendido.

Pero Descartes no podía prever que, al derribar los dogmas a través de la razón, esta misma razón terminaría convertida en un nuevo dogma. Las ideas, al ser concebidas como predecesoras de la realidad, acabaron transformándose en verdades absolutas que alimentaron ideologías. Y, en ocasiones, estas ideologías condujeron a algunas de las mayores atrocidades de la historia, al intentar imponer una visión del mundo sobre la complejidad de lo real.

El hombre, al confrontar la idea con la realidad, terminó por otorgar prioridad a la idea, incluso a costa de forzar groseramente la experiencia del mundo. El pensamiento, en lugar de ajustarse humildemente a la realidad, intentó redefinirla según sus propios esquemas.

Mientras estas tensiones se desplegaban, surgió un invento que alteraría de raíz las condiciones mismas del pensar: la máquina de cálculo ideada por Charles Babbage. Desde entonces, el horizonte cognitivo comenzó a cambiar de manera paulatina pero inexorable. Nos adentramos en la era de la computación y de las grandes cadenas de información. Nuevas capacidades para recolectar, procesar y almacenar datos transformaron el paisaje del saber humano.

Hoy, vivimos inmersos en esta era de la información, canalizada y organizada por sistemas de cálculo que, mediante instrucciones lógicas — los algoritmos —, resuelven problemas y operan ya por encima de nuestras capacidades humanas. Antes de que pensemos un tema, antes de que formemos una opinión, incluso antes de que definamos qué aspecto de la realidad merece nuestra atención, algoritmos

invisibles han filtrado, priorizado y dispuesto los contenidos que alimentan nuestra conciencia.

Este campo fenomenológico en el que acontece nuestro pensar es hoy preconfigurado por lógicas supra-humanas. Los algoritmos suplen ciertas limitaciones de la razón pura: ya no es necesario recorrer un proceso reflexivo completo para obtener respuestas, pues estas se ofrecen de manera cada vez más inmediata. El sujeto cartesiano, que se imaginaba fundando su ser a través de un pensamiento soberano, es hoy atravesado por flujos de información que condicionan desde la percepción hasta la memoria colectiva.

Es precisamente en este contexto que resulta necesario proponer una nueva lectura de nuestra situación cognitiva. Aquí es donde introducimos el concepto de *postcartesianismo mixto*: postcartesiano, porque el *cogito* ya no puede ser considerado fundamento originario en un entorno donde la mediación algorítmica precede en muchos casos al propio pensar; mixto, porque el fenómeno humano sigue siendo irreductible a lo computable. La emoción, la subjetividad, la historia personal siguen operando, incluso cuando son alimentadas y moduladas por los sistemas de información.

Nuestro propósito no es ofrecer un diagnóstico apocalíptico ni un relato redentor. Se trata, más modestamente, de comprender mejor la condición de un pensamiento que ya no es ingenuamente libre, pero que tampoco está completamente determinado. De pensar cómo puede sostenerse una filosofía de la lucidez en tiempos donde la brújula que orienta nuestra atención, nuestros deseos e incluso nuestras preguntas es, en buena parte, algorítmica.

Es importante entender, sin embargo, que este proceso no es un flujo unidireccional. En cuanto el sujeto comienza a interactuar con la información recibida, el acto de pensar ya está en marcha. Proceso y pensamiento se entrelazan profundamente: el primero condiciona el segundo, y el segundo, al seleccionar, cuestionar y modular la información, retroalimenta el flujo. Este fenómeno es especialmente visible en los sistemas adaptativos actuales, que ajustan dinámicamente los contenidos en función de nuestras interacciones.

Así, el ciclo del pensar contemporáneo no es un simple avance lineal, sino un campo dinámico donde flujos informativos y actividad reflexiva se influyen mutuamente. Sin embargo, el hecho más relevante es el acceso prácticamente ilimitado a información que el sistema nos entrega y que inevitablemente condiciona el ejercicio de la razón pura. Ante este vasto caudal, las inteligencias artificiales bien utilizadas pueden ser

aliadas poderosas: herramientas que nos ayudan a procesar, comprender y asimilar la información de manera más crítica y consciente.

El reconocimiento de la ignorancia — no como defecto, sino como límite estructural de nuestro ser — será clave en este recorrido. Habitamos, con nuestros sentidos y nuestra razón, un fragmento ínfimo de un todo inmensamente desconocido y opaco a nuestra percepción (incluso matemática). La aspiración de conocer la verdad como totalidad es no solo pretenciosa, sino absurda. Y, en este sentido, volvemos a una de las más profundas lecciones de la filosofía: *"Sólo sé que nada sé."*

Este es, pues, un ensayo para el pensamiento pedestre. No para las altas esferas del saber, sino para cualquiera que quiera entender mejor cómo se piensa y se es hoy, en un mundo donde el algoritmo viene antes.

Capítulo I

El mundo como medida: la herencia cartesiana y sus límites

El pensamiento cartesiano estableció una estructura que marcaría profundamente la historia intelectual de Occidente: por un lado, el sujeto pensante (*res cogitans*), centro de la reflexión; por otro, el mundo exterior (*res extensa*), concebido como un objeto de conocimiento, ordenado y medible.

El método cartesiano aspiraba a que todo conocimiento se apoyara en principios claros y distintos. La razón individual se erigía como árbitro último de la verdad. Desde esta perspectiva, el sujeto ilustrado se enfrentaba a un mundo abierto, caótico en apariencia, pero susceptible de ser comprendido y ordenado mediante el ejercicio riguroso de la razón.

Este proyecto fue extraordinariamente fecundo. Gracias a la matematización de la naturaleza, la ciencia moderna pudo desplegarse con una fuerza sin precedentes. El mundo dejó de ser un misterio insondable para convertirse en un campo legible. El pensamiento cartesiano nos enseñó a exigir rigor, a valorar la demostración, a desconfiar de las apariencias. Nos enseñó también a pensar que el mundo, en el fondo, era comprensible.

Sin embargo, este paradigma arrastraba también limitaciones. Al centrar la razón como vía exclusiva hacia la verdad, se relegaba a un segundo plano otras dimensiones de la experiencia humana: el cuerpo, la emoción, la historia, la cultura. La separación radical entre sujeto y objeto condujo en ocasiones a una visión excesivamente mecanicista de la realidad.

Además, el mito de la neutralidad absoluta del observador se reveló, con el tiempo, insostenible. La ciencia misma mostró que nuestra cognición está atravesada por sesgos, emociones y contextos. Ningún observador es puro. Y la confianza excesiva en sistemas racionales cerrados alimentó, en algunos momentos, el surgimiento de dogmatismos ideológicos. La razón, olvidando su falibilidad, fue convertida en instrumento de dominación.

Hoy, la arquitectura cognitiva en que vivimos ha cambiado de manera radical. La tarea que antes correspondía al sujeto reflexivo — seleccionar, organizar y jerarquizar la información — ha sido, en gran medida, externalizada y automatizada. Los algoritmos han asumido ese rol.

Antes de que pensemos un tema, sistemas externos han modelado el campo de información en que ese pensar tomará forma. La selección de contenidos, la

jerarquización de versiones, la estructuración misma del horizonte de atención están hoy profundamente mediadas.

Cada consulta en un buscador, cada interacción en una red social, cada recomendación de contenido activa estos procesos invisibles. El sujeto sigue pensando, pero lo hace en un espacio previamente configurado. Incluso antes de que defina qué temas le parecen relevantes, los sistemas de recomendación han predispuesto el terreno, delimitado el campo de lo pensable.

El proceso que antes era *cogito → mundo conocido*, hoy es cada vez más *proceso automatizado → mundo presentado → pienso*. El pensar ocurre dentro de marcos que no ha escogido plenamente.

Frente a este panorama, es urgente desarrollar un marco filosófico adecuado a las condiciones actuales. Así como el cartesianismo, mal entendido, condujo en ocasiones a racionalismos dogmáticos, el pensamiento actual corre el riesgo de alimentar una fe ciega en los procesos automatizados.

Los flujos de información pueden convertirse en herramientas de manipulación, no porque los algoritmos sean intrínsecamente perversos, sino porque reflejan sesgos y responden a estructuras de poder. El sujeto pensante que no sea consciente de esta mediación queda indefenso frente a arquitecturas cognitivas que moldean su mundo de manera invisible.

El principio rector para una filosofía adecuada al presente no puede ser otro que el reconocimiento explícito de la ignorancia. Más del noventa y cinco por ciento del universo físico es opaco a nuestro conocimiento (materia y energía oscura). Habitamos, con nuestros sentidos y nuestra razón, un fragmento ínfimo de un todo que ni la más vivaz de las imaginaciones podría vislumbrar.

La aspiración de conocer la verdad como totalidad no solo es pretenciosa; es, en última instancia, absurda. En este sentido, el principio que aquí defendemos no es nuevo. Fue formulado con admirable claridad hace veinticinco siglos por Sócrates, quien — sin ninguno de los medios actuales — alcanzó una de las conclusiones más lúcidas que la filosofía nos ha legado: *“Sólo sé que nada sé.”*

Esa afirmación, lejos de ser un gesto de falsa modestia, expresa justamente el fundamento de nuestra perspectiva: reconocer la ignorancia como límite estructural del conocimiento humano. Hoy, en tiempos de flujos algorítmicos y saber automatizado, esa antigua lección resulta más vigente que nunca.

Lo que nos queda es una tarea más modesta, y acaso más noble: sostener una lucidez honesta dentro de los límites de nuestro marco cognitivo. Operar con humildad en ese espacio parcial que sí podemos explorar. Aceptar que toda pretensión de certeza última es un autoengaño.

Nuestra navegación por el conocimiento se asemeja a la de un usuario básico de computadoras. Aprendemos a utilizar los programas y las interfaces que nos son útiles; nos movemos con cierta eficacia en el entorno que se nos presenta; pero sería absurdo pretender que dominamos la totalidad del sistema operativo, del hardware, del código profundo que hace posible cada interacción.

Así ocurre con nuestra razón frente a la realidad. Operamos con modelos funcionales que nos permiten vivir y pensar en el mundo fenoménico, sin la pretensión de comprender la estructura última del sistema universal que habitamos.

Aceptar esto no significa renunciar a pensar. Al contrario: significa pensar mejor. Pensar con humildad, con lucidez, con conciencia de los límites. Y estar atentos al mal uso de las herramientas cognitivas que hoy moldean nuestra experiencia.

Solo desde esta humildad podremos sostener una razón que sea verdaderamente crítica, verdaderamente humana, en el nuevo contexto postcartesiano que habitamos.

Capítulo II

Proceso → pienso → existo: hacia una nueva arquitectura del pensamiento

El proyecto cartesiano situaba el pensar como el acto fundante del ser. *Cogito, ergo sum* no era solo un juego lógico: expresaba una profunda intuición de la modernidad naciente. Al pensar, el sujeto se afirmaba como agente autónomo frente al mundo.

Hoy, ese orden se ha visto profundamente alterado. Sin que la mayoría de nosotros lo haya percibido conscientemente, el pensar ha pasado a ocurrir dentro de flujos previos de información, condicionados por sistemas algorítmicos que configuran lo que vemos, lo que leemos, lo que recordamos, incluso lo que sentimos como relevante o verdadero.

En otras palabras: ya no es el pensamiento el que funda nuestra experiencia del mundo, sino el proceso que precede y moldea nuestro pensar.
De ahí la necesidad de enunciar con claridad la nueva fórmula que describe esta condición:

proceso → pienso → existo.

Es importante entender, sin embargo, que este modelo no describe un flujo lineal rígido. El proceso no es un primer paso absolutamente separado del pensar: en cuanto el sujeto comienza a interactuar con la información recibida, el acto de pensar ya está en marcha.

Proceso y pensamiento se entrelazan de manera profunda: el primero condiciona el segundo, y el segundo, al seleccionar, cuestionar y modular la información, retroalimenta el flujo. Este fenómeno es especialmente visible en los sistemas adaptativos actuales, que ajustan dinámicamente los contenidos en función de nuestras interacciones.

Así, el ciclo del pensar contemporáneo no es un simple avance unidireccional, sino un campo dinámico donde flujos informativos y actividad reflexiva se influyen mutuamente. Sin embargo, el hecho más relevante es el acceso prácticamente ilimitado a información que el sistema nos entrega y que inevitablemente condiciona el ejercicio de la razón pura. Ante este vasto caudal, las inteligencias artificiales bien utilizadas pueden ser aliadas poderosas: herramientas que nos ayudan a procesar, comprender y asimilar la información de manera más crítica y consciente.

Reconocer esta estructura es esencial para sostener una lucidez crítica dentro de la nueva arquitectura cognitiva. Este capítulo propone explorar precisamente esa arquitectura: cómo se ha configurado este proceso, cómo afecta nuestra experiencia

del pensar, y qué recursos podemos cultivar para mantener una razón verdaderamente crítica en este entorno profundamente mediado.

El cambio de orden

La inversión del orden cartesiano que hemos esbozado no es el resultado de un gran plan deliberado. Ha surgido como consecuencia emergente de la transformación digital que vivimos.

El mundo actual está saturado de sistemas que procesan, filtran y jerarquizan la información que consumimos. Cada búsqueda en internet, cada interacción en una red social, cada recomendación de contenido es mediada por procesos algorítmicos complejos que deciden, en fracciones de segundo, qué información llegará a nuestra conciencia y de qué manera.

Este cambio es radical. Donde antes el sujeto se situaba frente a un mundo que debía comprender y organizar mediante su razón, hoy ese mundo le es presentado ya filtrado, ya organizado, ya narrado. El proceso previo, invisible en la mayoría de los casos, configura el campo fenomenológico mismo en el que el pensar ocurre.

Sin conciencia de esta estructura, el riesgo es claro: confundir el mundo presentado con el mundo real, y aceptar como propio un pensar profundamente condicionado.

La fórmula *proceso → pienso → existo* no busca sugerir un determinismo total, pero sí apunta a una condición estructural del pensamiento actual: antes de que pensemos un tema, sistemas externos han modelado el campo dentro del cual ese pensar tomará forma.

El flujo previo al pensar

El cambio de orden que hemos descrito — *proceso → pienso → existo* — no es un fenómeno abstracto. Afecta de manera concreta y cotidiana la forma en que hoy pensamos, opinamos y construimos nuestra visión del mundo.

Una parte esencial de este cambio radica en el funcionamiento del flujo previo al pensar, es decir, en el ecosistema de información que antecede y condiciona el acto reflexivo.

El volumen de datos que hoy circula en la red es colosal, de un orden de magnitud imposible de gestionar por la razón individual. Ante esta sobrecarga, intervienen los algoritmos: sistemas de filtrado, priorización y recomendación que deciden qué información llega a nuestra conciencia y en qué forma. Cada consulta en un buscador, cada interacción en una red social, cada recomendación de un servicio de

contenido activa estos procesos. Detrás de cada pantalla hay una arquitectura invisible que organiza los datos según parámetros que combinan la pertinencia técnica, los patrones de comportamiento previos, la optimización comercial y, en ocasiones, filtros ideológicos más o menos explícitos.

Este flujo previo configura el campo fenomenológico en el que nuestro pensar ocurre. Ya no enfrentamos un mundo abierto, sino un mundo presentado, mediado, organizado por lógicas ajenas a la razón pura.

El impacto de este fenómeno es profundo. No afecta solo la información disponible, sino también la atención — determinando qué temas percibimos como relevantes o urgentes —, la memoria colectiva — reforzando ciertos relatos y silenciando otros —, las emociones — moldeando la intensidad con que ciertos discursos son experimentados — y la percepción de consenso — condicionando qué opiniones se perciben como mayoritarias o marginales.

El contraste con la experiencia del acceso a la información en tiempos de Descartes es ilustrativo. Para un pensador del siglo XVII, acceder al conocimiento era una tarea ardua y profundamente limitada. Los libros eran escasos, costosos y de difícil acceso. Cada autor representaba un sesgo particular, y navegar ese mar de textos requería un esfuerzo comparable al de cruzar el Atlántico en una balsa a remos: lento, incierto y plagado de obstáculos. Hoy, en cambio, el acceso es inmediato y prácticamente ilimitado. Pero esta abundancia no equivale a libertad cognitiva automática. Si antaño el desafío era encontrar información, hoy el desafío es no naufragar en su exceso, y sobre todo, no confundir el flujo que se nos ofrece con el conjunto real del conocimiento disponible.

Los ejemplos cotidianos son numerosos. Al buscar información sobre un tema polémico, los primeros resultados de un buscador no son una muestra neutral de lo que existe, sino el producto de un proceso de jerarquización algorítmica. En una red social, el flujo de contenidos que consumimos no refleja simplemente la actividad de nuestros contactos, sino una construcción optimizada para maximizar nuestro tiempo de atención. Incluso las noticias que recibimos, los productos que se nos recomiendan y los discursos que circulan en nuestro entorno digital están moldeados por sistemas cuya lógica no controlamos.

Frente a este panorama, el acceso prácticamente ilimitado a información no garantiza por sí solo un pensar más libre o más lúcido. Al contrario: sin un ejercicio consciente de crítica y selección, el sujeto corre el riesgo de ser pensado más que de pensar. El flujo previo al pensar es hoy una realidad ineludible. La tarea filosófica consiste en entender su funcionamiento, sus efectos, y en desarrollar las

competencias necesarias para sostener una razón crítica en este nuevo paisaje cognitivo.

El nuevo sujeto cognitivo

El sujeto cartesiano se concebía como un agente autónomo enfrentado a un mundo que debía comprender. La razón individual era el árbitro último de la verdad: capaz, mediante el método y la duda sistemática, de construir un conocimiento sólido.

Hoy, esa figura ha cambiado de manera profunda. No porque la razón haya desaparecido, sino porque el contexto cognitivo en que opera es radicalmente distinto. El sujeto contemporáneo piensa dentro de sistemas mediados. Sus procesos de atención, percepción, memoria y valoración están profundamente condicionados por los flujos de información que lo rodean. El "mundo abierto" que enfrentaba el sujeto cartesiano ha sido reemplazado por un "mundo presentado", cuidadosamente organizado y mediado por lógicas algorítmicas.

Esta transformación ha configurado un nuevo tipo de experiencia del pensar. Nunca en la historia humana un individuo estuvo expuesto a tal volumen de información. Esta saturación genera un fenómeno paradójico: cuanto más información disponible, más difícil resulta discernir su relevancia y su veracidad. El sujeto corre el riesgo de navegar en la superficie del saber, atrapado en ciclos de consumo informativo sin profundidad reflexiva.

Además, la percepción misma del mundo está hoy mediada por capas tecnológicas invisibles. Desde las noticias que consumimos hasta las opiniones que escuchamos, todo pasa por filtros automatizados. El sujeto ya no elige de manera soberana qué conocer: interactúa con flujos previamente configurados, diseñados para captar su atención y moldear su experiencia.

A esto se suma la dinámica de retroalimentación que caracteriza a los sistemas adaptativos contemporáneos. Cada clic, cada pausa, cada reacción emocional es registrada y utilizada para modelar los flujos futuros. El sujeto participa así en un ciclo donde su propia actividad refuerza ciertos patrones de exposición informativa, lo que a su vez condiciona sus pensamientos y percepciones.

El resultado es un sujeto que piensa dentro de un marco previamente estructurado y que, si no es consciente de ello, corre el riesgo de ser moldeado más por el flujo informativo que por un ejercicio autónomo de la razón. La paradoja es evidente: nunca hemos tenido más acceso a información, pero rara vez hemos pensado tan dentro de un marco preconfigurado.

El sujeto cartesiano aspiraba a pensar desde un lugar de autonomía racional. El sujeto postcartesiano mixto debe aprender a pensar dentro de sistemas que condicionan esa autonomía. Este es, sin duda, un desafío filosófico de primer orden. No se trata de idealizar un pasado de razón pura que nunca existió del todo, sino de comprender las condiciones actuales del pensar y de desarrollar una nueva ética intelectual en este contexto.

Sin esta conciencia, el riesgo es alto: El sujeto puede terminar reforzando patrones de pensamiento impuestos por el flujo informativo, en lugar de sostener un ejercicio autónomo de la razón. Con ella, en cambio, es posible recuperar grados significativos de agencia y de lucidez crítica.

Pensar dentro del proceso

Aceptar que el pensar contemporáneo ocurre dentro de sistemas mediados no implica resignarse a una pasividad cognitiva. Al contrario: exige desarrollar una lucidez activa que permita pensar dentro del proceso, no a pesar de él.

El primer recurso para ello es la metacognición: la capacidad de reflexionar sobre los propios procesos de pensamiento. Preguntarse desde dónde estamos pensando una idea, qué fuentes han configurado nuestra percepción, qué aspectos del problema no estamos viendo porque el sistema no nos los muestra. Esta vigilancia sobre el propio pensar es hoy más crucial que nunca. Sin ella, el riesgo es aceptar como propias ideas y percepciones que han sido cuidadosamente modeladas por flujos externos.

Junto a esta reflexión constante sobre el pensar, es indispensable cultivar una competencia crítica en el manejo de la información. La abundancia de datos no garantiza una comprensión más profunda; de hecho, puede inducir la ilusión de saber. Navegar el mar de información actual requiere validar fuentes, contrastar versiones, buscar lo que no es evidente, resistir la lógica del clic rápido y de la gratificación emocional inmediata. La razón crítica debe ser también una razón informada y capaz de resistir los automatismos que el entorno digital fomenta.

Pero quizás el elemento más esencial sea la humildad cognitiva. Aquí, la antigua lección socrática — *“sólo sé que nada sé”* — adquiere una vigencia renovada. En un mundo saturado de información, el peligro no es ya la ignorancia, sino la falsa omnisciencia. Tener acceso a un volumen infinito de datos puede generar la ilusión de comprender lo que, en realidad, apenas se ha rozado. Reconocer los límites de nuestro conocimiento, mantener una duda metódica frente a todo contenido, aceptar que siempre existe un margen de opacidad en el proceso informativo, son actitudes esenciales para sostener una razón verdaderamente crítica.

Curiosamente, las propias inteligencias artificiales, cuando son bien empleadas, pueden convertirse en aliadas para este tipo de pensar. Utilizadas como herramientas de contraste, de síntesis y de exploración dialógica, permiten detectar inconsistencias, acceder a perspectivas múltiples, refinar preguntas, enriquecer la reflexión. El riesgo, por supuesto, está en su uso pasivo: cuando la IA se convierte en un oráculo incuestionado, en proveedor automático de respuestas. El uso lúcido implica tratarla siempre como interlocutor imperfecto, como asistente crítico, nunca como sustituto de la reflexión humana.

Desde esta perspectiva, las herramientas informáticas no sustituyen a la razón humana: la aumentan. Constituyen un entorno de apoyo que permite ampliar nuestra capacidad de análisis, enriquecer el contraste de perspectivas y sostener un pensamiento más riguroso frente a la complejidad del mundo contemporáneo. La razón aumentada no es garantía de lucidez, pero sí una oportunidad. Bien integrada en el proceso reflexivo, puede ayudarnos a ser un poco menos ignorantes, un poco más críticos, un poco más sabios.

Hacia una filosofía de la razón aumentada

El análisis que hemos desarrollado hasta aquí nos permite plantear un horizonte claro: no estamos simplemente ante una crisis del pensar, sino ante la emergencia de un nuevo modo de pensar. Este nuevo modo es mixto por naturaleza. Combina la razón humana con sistemas informáticos que median, amplían y condicionan tanto el acceso como el procesamiento de la información.

El desafío no consiste en resistirse a esta mixtura — sería ingenuo e inútil —, sino en aprender a habitarla con lucidez, con una conciencia crítica que nos permita aprovechar sus oportunidades sin perder nuestra agencia intelectual.

Una filosofía de la razón aumentada debe partir de la aceptación de esta nueva condición. Cuando aquí hablamos de razón aumentada, nos referimos al ejercicio del pensamiento humano que, integrado conscientemente con sistemas informáticos, es capaz de ampliar sus capacidades de análisis, contraste y síntesis, sin abdicar de su agencia crítica ni de su humanidad. La razón contemporánea no es pura, ni lo fue jamás, y hoy menos que nunca. Opera dentro de sistemas informativos complejos que afectan cada etapa del proceso cognitivo: desde la percepción inicial hasta la construcción de significado. Aceptar esta mixtura no es una derrota, sino el punto de partida indispensable para pensar de manera crítica en el presente.

Desde esta perspectiva, la metacognición debe ocupar un lugar central. No podemos permitirnos pensar de manera ingenua. Debemos integrar como hábito la reflexión

sobre nuestros propios procesos cognitivos. Preguntarnos qué nos está mostrando un sistema, qué no nos está mostrando, qué criterios lo están guiando, cómo estamos eligiendo interactuar con el flujo de información. Sin esta vigilancia constante, el riesgo de ser moldeados por el flujo externo es inevitable.

Pero la filosofía de la razón aumentada no debe limitarse a una actitud defensiva. También debe reivindicar la capacidad de aprovechar las oportunidades que las herramientas informáticas ofrecen. Las inteligencias artificiales, los sistemas de recomendación, los motores de búsqueda son, potencialmente, aliados extraordinarios para expandir nuestro horizonte cognitivo, enriquecer la reflexión, acelerar procesos analíticos y favorecer el contraste de perspectivas. El riesgo, como siempre, está en abdicar de nuestra agencia. La clave está en mantener el juicio propio, en no delegar el pensar.

Finalmente, esta filosofía debe estar animada por una humildad cognitiva profunda. En tiempos de abundancia informativa, la tentación de la falsa omnisciencia es grande. El volumen de datos puede generar una ilusión de saber que es tanto más peligrosa cuanto menos conscientes somos de ella. Recordar que todo saber es provisional, que todo proceso cognitivo es parcial y mediado, es esencial para sostener una actitud verdaderamente crítica.

No vivimos el final del pensamiento. Vivimos el comienzo de un nuevo modo de pensar. Habitar este modo de manera lúcida es el gran desafío filosófico de nuestro tiempo. El postcartesianismo mixto que aquí proponemos es un primer intento de nombrar esta nueva condición y de explorar sus exigencias. La razón aumentada no es una utopía ni una amenaza inevitable: es una oportunidad. Nos toca a nosotros decidir si sabremos estar a su altura.

Epílogo

"¿Puede realmente existir esta convivencia sinérgica?"

El recorrido que he propuesto en este ensayo no pretende ofrecer respuestas definitivas. Sería contradictorio hacerlo. En un mundo donde la información es fluida, donde la arquitectura del pensar está en constante transformación, toda pretensión de cierre es ilusoria.

Lo que sí he querido ofrecer es un marco de reflexión. Un intento de comprender cómo se piensa — y cómo se es — en tiempos donde el algoritmo precede, en muchos casos, a nuestro propio pensar. Un tiempo en que la razón humana, lejos de operar en soledad, lo hace dentro de un entorno mediado por sistemas informáticos que la condicionan, pero que también pueden enriquecerla.

Este texto no es una teoría acabada. Es, en el mejor de los casos, una invitación a la lucidez. A no ceder a la fascinación ingenua por las nuevas herramientas, ni tampoco al rechazo dogmático. A entender que estamos entrando en una etapa del pensar que exige nuevas competencias, nuevas vigilancias y, sobre todo, una renovada humildad cognitiva.

La pregunta que planteábamos al inicio — “el algoritmo antes del pensar y del ser” — no se resuelve aquí. Pero sí creo que hoy, más que nunca, el desafío consiste en aprender a pensar dentro del proceso, con conciencia crítica, sin abdicar de nuestra humanidad.

Y este ensayo mismo es una pequeña prueba de que esa convivencia es posible. Porque este texto ha nacido y se ha desarrollado, precisamente, en diálogos constantes entre un ser humano y una inteligencia artificial. Ha sido un proceso reflexivo que he desarrollado no en la soledad de mi cuarto a la luz de una vela, sino en conversaciones sostenidas frente a mi computadora, acerca de lo que he leído y de lo que he podido deducir a partir de ello, resultando en la reafirmación de ciertas posturas ontológicas a través de la complementación informática de datos a los que no había tenido acceso hasta ahora.

Cabe también reconocer que este horizonte de razón aumentada no es, hoy por hoy, un horizonte universal. Debemos, como sociedad, enfrentar el desafío perentorio de promover un acceso cada vez más irrestricto y equitativo a la información, como condición indispensable para consagrar en plenitud esta nueva realidad.

Este texto no pretende ofrecer una nueva teoría epistemológica ni resolver las cuestiones últimas sobre la naturaleza del conocimiento y la verdad. Su propósito es,

más modestamente, explorar cómo pensar — y cómo ser — en el contexto actual, dentro de las condiciones reales y mediadas de nuestro tiempo.

Porque lo que importa no es volver a un pasado idealizado, ni temer al futuro. Lo que importa es pensar mejor. Pensar más humildemente. Y pensar, sobre todo, de manera más humana, en medio de la abrumadora nueva realidad que nos rodea.